

Homilía del Domingo 7 de septiembre de 2014 en la Catedral

Me alegro mucho de veros ahora, a la vuelta ya de las vacaciones, el que haya podido descansar un poco más, retomando el curso. Tendremos muchas oportunidades este año de vernos, incluso aquí en la Catedral, pues voy a estar celebrando los domingos a las 12 y las otras obligaciones, visitas a parroquias y demás, las pasaría a la tarde, de manera que podamos vivir la Catedral, como lo que quiere ser, la Cátedra del obispo, el lugar donde podamos, juntos, alabar a Dios, que es lo que hacemos los cristianos cada vez que nos reunimos el domingo.

Queridos hermanos:

Cuando escuchamos el evangelio, como hemos hecho ahora, verdaderamente, no sé lo que pensáis vosotros, que sois padres, y si no tíos o sobrinos o entre vuestros amigos, cuando escuchamos este mandato de Jesús sobre la corrección, podríamos encasillarlo en una recomendación moral de las muchas que nos hace Jesús para vivir como cristianos, y diríamos, bueno, Jesús va al fondo en una serie de cosas y luego nos dice más concretamente cómo actuar en algunos casos, por tanto, una aplicación moral de un actuar cristiano, del discípulo de Jesús.

Me parece que va mucho más allá de esto, pero, en cualquier caso, ¡qué difícil es corregir!. En realidad educar, para los padres, es corregir. Pero incluso entre los amigos, los matrimonios... Continuamente tenemos que progresar en hacer el bien y rechazar el mal, pero qué difícil es buscar el bien y ayudar al que obra mal, a que obre el bien. Caemos muchas veces en la tentación, no tanto de buscar el bien, de corregir, sino de quedar por encima, lo cual es desastroso. ¿Quién tenía razón? “Tú ganas”, pero yo sigo actuando igual. Pero no se trata de tener la razón sino de conseguir provocar, animar a la búsqueda verdadera del bien de cada uno.

En ese sentido, en un momento histórico y cultural como el actual, en el que impera el relativismo a la hora de pensar, se hace mucho más difícil corregir, pues claro, si no sabemos dónde está el bien y dónde está el mal, que es lo que marca la dirección de la brújula, si no sabemos dónde está el norte y el sur, se hace muy difícil educar. Quizás por eso también, en relación con la Iglesia, mucha gente se siente incómoda: “usted quién es para decirme lo que tengo que hacer” –se dice--. No falta quien incluso cuando la Iglesia se define, como lo ha hecho siempre, en el cumplimiento de los mandamientos, o en la vida matrimonial, o afectiva, o en cualquier otra cuestión que afecte a la vida moral de las personas y al comportamiento, se responde, “usted no se meta en esto que es de mi vida privada”. Y para cuánta gente, a quienes les atrae la caridad de la Iglesia y su vida comunitaria, sin embargo, esta pretensión moral les crea un tremendo rechazo.

Sin embargo, la vida es como es. Por encima de los pensamientos, las directrices ideológicas, la persona es como es y no podemos dejar de buscar el bien. El mal es mal. A lo mejor erramos a la hora de decidir dónde está el bien y dónde está el mal. Ya decía Santo Tomás que incluso cuando hacemos el mal lo escogemos bajo especie de bien, nos creemos que es un bien para nosotros, aunque a lo mejor me hago mal a mí

mismo, como pasa con el pecado y con tantas cosas en la vida. Nos engañamos a nosotros mismos.

Pensaba yo meditando las lecturas en estos días atrás, en aquella novela famosa de Oscar Wilde, *El Retrato de Dorian Gray*. La leí de muy joven por vez primera y he recordado muchas veces. Redondando el argumento que trata, en la época victoriana, de este chico verdaderamente atractivo que le sirve de modelo a un pintor para hacer un cuadro, y que une a su porte exterior y atractivo incluso su bondad interior, pero a medida que se va metiendo en aquella vida social corrupta va perdiendo su bondad, hasta el momento en que ve que se desfigura su rostro con el mal y llega a hacer un pacto con el diablo de manera que permanezca siempre atractivo y que estos rasgos de fealdad que imprime el mal en nuestra vida no fueran a la cara que es espejo del alma sino solo al alma y que se quedaran en el cuadro. Ese era el pacto con el diablo. El cuadro día a día iba mostrando un rostro horrible afeado y corrompido por el pecado, sin embargo el protagonista, Dorian Gray, seguía lustroso y atractivo, agradable, aceptable en sociedad. Efectivamente los amigos al principio querían apartarle del mal, después él se busca su propio círculo de amigos con quienes hace el mal, el mal le atrapa, el mal le envuelve. Cómo corregir al que está equivocado, qué difícil cuando uno no se quiere dejar corregir o cuando uno está tan atrapado, tan esclavizado que es imposible llegar al fondo. Oscar Wilde presenta aquí también algo que está muy presente, más de lo que nosotros creemos: el mito de la eterna juventud. Parece que nuestra sociedad, una sociedad de la imagen, marcada más por la imagen que por la realidad, pueda aspirar a la eterna juventud, a vernos eternamente bien, que nuestra imagen sea buena, agradable, bonita. Lo importante es cómo nos vean, cómo nos manifestemos. Pero, ¿qué pasa con nuestro interior? Hoy para muchos que intentarían guardar esa imagen atractiva externa el discurso moral sería terriblemente incómodo. Pero tendrían que aceptar que el mal existe y nos hace mal. Y aunque no queramos aceptar sermones moralizantes, en los que a veces hemos caído, sin lugar a dudas, sin saber justificar el por qué del bien y el por qué del mal que nos hace mal, tenemos que aceptar que nuestra imagen interior, que nuestra alma se desfigura tanto que nos daría verdadero asco y terror si nos viéramos tan desfigurados, como le pasó al protagonista que al final no pudo soportar cuando fue a ver su retrato después de asesinatos, violaciones, robos. Se vio tan terrible y repugnante que, al final, no pudo soportar ver su imagen interior.

Hoy, a la Iglesia le cuesta mucho y a nosotros los cristianos, hablar de salvación, porque el hombre de hoy no entiende que deba ser salvado. Si vosotros queréis salvar a vuestros hijos, o los jóvenes a vuestros amigos que necesitan ayuda, que necesitan la salvación, no os comprenderán. Entendemos que el hombre necesitado tenga que ir a Cáritas, entendemos que pida sustento, entendemos que los que sufren los horrores de la guerra, por los que ofrecemos hoy la Misa, necesiten ayuda, incluso que debamos enviar allí personas, ONGs que hagan el bien, o que fomenten la paz y no la guerra, la búsqueda del diálogo. Pero todo eso si somos realistas, si somos veraces nos lleva a considerar un mal interior que no podemos disimular. No podemos decir todo el mundo es bueno, todo el mundo es malo, en el mundo hay tanto mal... Tenemos que llegar al fondo de nosotros mismos. Y en eso, el consejo de Jesús ya no es un consejo moralizante, ni siquiera una condición para ser cristianos. Jesús muestra a sus

discípulos, a los apóstoles, a nosotros, qué maravilloso es ser cristiano, qué maravilloso es poder vivir en una comunidad realista presidida por el amor de Dios. Jesús de hecho habla primero de la corrección y luego de la oración. Orar, estar en comunicación con el Señor, es dialogar con ese empañarnos del sentido de la verdad, empañarnos del sentido del bien, de la justicia, de las relaciones entre nosotros. Y él ha acudido a corregirnos. Por lo que la ayuda tiene que ser realista. Lo que quiere decir es que nuestras mismas comunidades, las comunidades cristianas, ---así lo ha entendido Jesús desde el principio---, están sometidas a ese realismo de una vida donde no siempre somos buenos, donde nos entorpecemos, donde nos ponemos zancadillas, donde uno puede intentar ser bueno pero no lo consigue. Y con qué delicadeza nos muestra Jesús que lo importante es conseguir el bien.

Los pasos de la corrección son muy bonitos, porque dicen, “corrígele en particular”, “no abochornes a la persona a la que quieres corregir”, “ayúdale de verdad y si tú no puedes, búscate la ayuda de otro y ya si no recurre a la comunidad que le ampara”, que para eso estamos los cristianos, quienes compartimos el mismo amor a Cristo y el mismo sentido de la verdad, del bien y de la justicia, pues el amor más profundo es hacer el bien al otro.

Decía Benedicto XVI en una campaña precisamente contra el hambre, (no recuerdo exactamente el objetivo de la campaña), pero él, después de pedir que dieran bienes materiales, colaboración, ayuda, dinero etc. les pidió...”y dadle a Cristo, porque bien poco da quien no da a Cristo”. Es decir, ---y vuelvo a las madres y a los padres cuando queremos dar a Cristo al otro, cuando queremos que progrese tu hijo o tu hermano---, uno busca el bien y se tiene que morder muchas veces el quedar por encima, el orgullo, porque es mucho más importante el bien del otro. Y ese bien lo aprendemos en la oración, Y ese bien lo aprendemos en la Iglesia. El profeta Ezequiel tenía que decir: Dios me ha puesto como atalaya. Qué difícil es ser atalaya y ser juez, estar encima de una torre dando voces diciendo que el enemigo viene o que nos pongamos a cubierto. Pero esa es la misión de enseñar, de regir, de santificar, de los sacerdotes, de los ministros de Dios, de los padres, de los educadores, el ser atalaya, poder decir donde está la verdad, con la humildad de saber que Dios está por encima de nosotros, que nosotros nunca somos la verdad ni tenemos toda la verdad, pero Dios si la tiene, y si es maestro en orientarnos para vivir, por eso la Iglesia es maestra en humanidad y es capaz de ofrecer y de educar con su vida al mundo y a los hombres, y si no lo hace, pervierte su misión, y si no lo hace, un padre que no educa, conseguirá que sus hijos sean salvajes, pero no educados, ni psíquicamente ni moralmente, y lo que es más peligroso y contundente, si no lo hacemos se haría verdad en nosotros y en los que nos rodean el Retrato de Dorian Gray, la corrupción interior. Dios nos da la gracia. Dice San Pablo, “a nadie debemos más que amor”. Porque en el amor entendemos nuestra vida y el ofrecimiento de la verdad, y nuestro apostolado. Por qué es importante evangelizar, por qué es importante llevar a los demás la alegría del Evangelio, como nos ha dicho el Papa Francisco, pues porque ¡claro que el hombre necesita de salvación!, si no, frustrará su vida, su proyecto de vida. Cuántas lágrimas, padres, madres, como Santa Mónica, por la conversión de su hijo Agustín. Y cómo nosotros tendríamos también que lamentarnos del mundo que vive en su tristeza porque no conoce a Cristo y en su pecado porque no conoce el bien de la gracia. Tenemos que

pedirle hoy al Señor que fortalezca nuestra caridad para que seamos una comunidad viva donde reine el amor. Que seamos capaces de animarnos a vivir siempre en el bien, en la verdad, en la justicia y en el amor. Que busquemos al otro con la misma mirada de amor con la que Cristo nos mira a nosotros, para atender a los necesitados, a todos los necesitados, a los que necesitan la paz en medio de la guerra y el alimento en medio de la carestía, y el consejo y el bien en medio de una sociedad relativista, y en la comunidad cristiana presidida por Cristo podamos avanzar en el amor de Dios hasta la vida eterna.

Amén.